

MUNDO Y CULTURA ÁRABES EN LA OBRA DE JOSÉ ORTEGA Y GASSET

LUIS MIGUEL PINO CAMPOS
Universidad de La Laguna

En esta breve y emocionada contribución en homenaje al profesor Rafael Muñoz Jiménez pretendemos dar a conocer algunas de las múltiples referencias al mundo y cultura árabes contenidas en la obra del filósofo español José Ortega y Gasset¹.

1. Está claro que la referencia más conocida de Ortega y Gasset al mundo árabe es el prólogo que escribió a la publicación en castellano del libro *El collar de la paloma* de Abu Muhammad Ali Ibn Hazm, que había sido traducida por Emilio García Gómez². Inicia su exposición Ortega con la referencia a uno de los efectos del amor, la elevación hacia el cenit de los enamorados, para lo que recuerda unos versos del *Fausto*, de su admirado Goethe, («*Das Ewig-Weibliche / Zieht uns hinam*»), y concretar que la atracción de la mujer es siempre cenital. Es su introducción al comentario que va a desarrollar sobre el libro hispano-árabe de Ibn Hazm, al que califica como «el más ilustre sobre el tema del amor en la civilización musulmana... escrito en tierras de España por un árabe ‘español’...». Es, precisamente, la vaguedad del calificativo ‘español’, atribuido al autor, la que guiará en parte la extensa reflexión de este prólogo, pues si, en principio, se podría pensar que es excesivo considerar español a un árabe de la Hispania musulmana de los siglos X-XI, Ortega matizará que ‘nacionales’ eran las varias sociedades que habitaban entonces España, árabe, cristiana y judía, y que eran sociedades hispanas, porque compartían sobre ese territorio un determinado sistema de usos. Esta consideración de árabes de *Al-Andalus* o ‘españoles’ implica para los actuales españoles «ciertos deberes respecto a su memoria», porque con su memoria «nutrimos nuestra sustancia y precisamos nuestra españolía». Es el momento en

que Ortega denuncia, con vergüenza, que la historia no haya esclarecido aún adecuadamente la relación entre las sociedades musulmana y cristiana, cuyos límites no se circunscriben en lo geográfico a España, sino que habría que extenderlos a una gran parte de Europa, dado que la comprensión de la Edad Media europea es inseparable de la civilización islámica. «Cristianismo e islamismo convivieron positiva y negativamente sobre un área común impregnada por la cultura grecorromana», —dirá Ortega— y destacará el hecho de que la misma religión islámica procede de la cristiana y que tal procedencia no hubiera podido originarse, si los pueblos europeos y árabes no hubiesen penetrado en el área ocupada durante siglos por el Imperio Romano. Los germanos y árabes eran pueblos periféricos alojados en los bordes de aquel Imperio, y la historia de la Edad Media es la historia —según explica Ortega— de lo que pasa a esos pueblos conforme van penetrando en el mundo imperial romano, instalándose en él y absorbiendo porciones de su cultura yerta ya y necrosificada. Siguiendo una idea a la que Ortega había aludido en varios ensayos, dirá que la Edad Media no es sino el proceso de la gigantesca recepción de la cultura antigua por pueblos de cultura primitiva, y que la génesis cristiana del islamismo es un caso particular de esa recepción, como lo fue también el mecanismo histórico que llevó a los árabes del siglo IX a recibir a Aristóteles, Hipócrates, Galeno, Euclides, Diofanto o Tolomeo. Y es que se olvida —concluye Ortega— que los árabes llevaban más de siete siglos, antes de Mahoma, rodeados por todas partes por pueblos que estaban helenizados y que habían vivido bajo la administración romana. Siria, Persia, Bactriana e India son regiones que los musulmanes ocuparán y en las que recibirán la cultura antigua.

Mas una clara distinción ha de hacerse en esta reflexión, puntualiza Ortega, y es que los árabes reciben la cultura antigua en su formato de Imperio Romano de Oriente, mientras que los cristianos europeos la recibieron en el formato heredado del Imperio Romano de Occidente. Ello permitió a los árabes conocer pronto a Aristóteles. Mas desde el siglo XIII, —puntualiza Ortega en una idea varias veces repetida a lo largo de su obra— «la civilización árabe se reseca y petrifica a fuerza de Corán y de desiertos». Son los beduinos del desierto los que periódicamente han lanzado contra las ciudades oleadas de puritanismo asolador que han terminado por impedir el progreso de esa civilización.

-
1. Empleamos la expresión ‘mundo y cultura árabes’ en sentido amplio, de modo que incluimos no sólo lo relativo a la lengua, a los países que la hablan —o han hablado—, o profesan la religión islámica, sino también lo relativo a personajes y costumbres de esa civilización.
 2. José Ortega y Gasset, *Obras completas*, vol. VII, pp. 39-55. Alianza Editorial, Madrid, 1983 (1989r). (En adelante citaremos las obras de Ortega por esta edición como *OC*). La primera edición es de la Sociedad de Estudios y Publicaciones, Madrid, 1952.

Esta idea que hoy puede parecer exagerada, Ortega la explica con detalle en este prólogo y en otros ensayos. En efecto, al comienzo de la Edad Media, germanos y árabes son dos cuerpos históricos homogéneos en la base de sus vidas, y sólo a lo largo de los siglos se acentúa entre ellos la heterogeneidad. A fines de la Antigüedad había ocurrido que los pueblos del Imperio no podían abarcar la inmensidad de su propia cultura, por lo que fue epitomizándola; estos epitomes serán los que hereden los pueblos germanos y árabes e irán imitando a griegos y romanos, si bien con una diferencia esencial y decisiva en la Historia: los árabes absorben las ciencias helénicas, pero no la poesía antigua; los germanos, los cristianos europeos, absorben la poesía antigua, esencialmente la latina, pero no la ciencia helénica. De este modo se puede entender que el islamismo sea una imitación del cristianismo, sobre todo, del cristianismo oriental, mientras el cristianismo del germano sea un remedo del de los Padres de la Iglesia.

En este marco de imitación, pero no de creación original, Ortega introduce un comentario sobre el fenómeno escolástico, subrayando la idea de que los primeros escolásticos son los árabes, como, por ejemplo, Avicena y Averroes. Por tanto, es un fenómeno común a ambas civilizaciones, cuyo origen hay que buscarlo en el hecho de que ambos pueblos, germanos y árabes medievales, se constituyeron sobre una magnífica cultura que no entendían y, a lo más que llegaron fue a degradarla, cuando convirtieron aquel saber en mera terminología.

Tras destacar que en su época, mediados de los años cincuenta, el tema del amor sigue siendo tabú, Ortega se introduce en el comentario del tema central del libro de Ibn Hazm: el amor. Hace una breve alusión a la oscuridad etimológica del vocablo (origen remoto en la lengua etrusca, cuyo pueblo era muy sensual, y, en realidad, hoy aún no se sabe a qué llamaban los etruscos 'amor')³. Habla Ortega del erotismo sin marca de sexo, a diferencia del erotismo platónico, marcado sobre todo por el amor entre varones. Tras destacar los múltiples aspectos comentados por Ibn Hazm, Ortega concluye que sobre este tema aún está casi todo por decir. Por ejemplo, señala cómo en Francia, en los siglos XI-XII, surge una nueva manera de sentir el hombre a la mujer, por cuanto aquél se siente vasallo de ésta. Son los nuevos trovadores que sitúan a su amada lejos, tan lejos que esta relación amorosa no propicia las caricias. Será un amor quejumbroso que no guarda rela-

3. Sobre las interpretaciones semánticas que Ortega hizo de unos cuatrocientos vocablos en su obra, hemos entregado ya a la imprenta algunos estudios. El primero, a modo de presentación, fue leído en el *Congreso Internacional de Semántica* de La Laguna, (Tenerife, octubre 1997), cuyas Actas se publicarán en el año 2000. Otro ha sido publicado en *Fortunatae* 10, 1998, 107-137. Un tercero aparecerá en LÓPEZ PÉREZ, J.A. (ed.), *La Lengua científica griega*, Madrid, 1999, como Actas de la reunión Sócrates en la UNED (julio de 1998), pp. 1-109

ción con el llamado amor bagdalí del siglo IX: aquél representa un reflejo del sistema feudal de señorío (señora-vasallo), éste, en cambio, es un efecto del platonismo absorbido en Bagdad por grupos hipercultivados.

Al finalizar el prólogo, Ortega aclara que no pretende resolver ningún problema en este terreno, sino sugerir su complejidad, como lo prueba el hecho del mal estudiado ‘amor cortés’, entre otros estilos de amor de los poetas árabes, que —entiende Ortega— es un sentimiento de distancia y de *saudade*, pero no de renuncia, sino de desearlo todo⁴. Alusiones a varias personas, libros y personajes históricos aparecen a lo largo de estas páginas (Ibn Dawud, Ibn Sa’ud, Taha Hussein, etc.).

2. La figura de Mahoma aparece citada en varios artículos y ensayos, bien para ponerlo como ejemplo ilustrativo de alguna explicación, bien como autor de alguna idea *maquiavélica*, o por la originalidad mágica de su sepulcro.

2a. En un artículo⁵ comenta cómo el político goza de gran poder social en todas partes, mientras los escritores e intelectuales son desatendidos habitualmente. Al referirse a las peculiaridades ibéricas, entre las que se encontraría una «inmunización para el alfabeto», previene para no buscar en la herencia arábiga la explicación de esa peculiaridad, entre otras razones, porque «los árabes han sido los mayores entusiastas del libro», hasta el punto de dividir a la humanidad en hombres con libros y sin ellos. En este punto cita a Mahoma cuando en *Surata* 96 da a su dios como atributo mayor el elogio de haber sido él, Alá, «quien enseñó al hombre a mover el cálamo».

2b. En un curso impartido en Buenos Aires⁶ Ortega destaca la importancia que tiene el hecho de que el hombre se recoja sobre sí mismo, que reflexione, que «se ensimisme», aunque ello suponga cierta renuncia a la acción. Pone varios ejemplos de hombres que han favorecido el desarrollo científico o la implantación de alguna idea. Entre ellos estarían los grandes fundadores de religiones, que habían antepuesto un retiro famoso a su apostolado: Buda, Jesús y el propio Mahoma, quien no sólo se retiró a su tienda, sino que, dentro de ella, se aisló más aún envolviéndose la cabeza en su albornoz.

4. También alude a los árabes cuando en *Estudios sobre el amor*: «Facciones del amor» (*El Sol*, 1926; en 1933 fueron traducidos y publicados en alemán; en formato de libro en castellano en 1941), recuerde los pasos que históricamente el hombre ha dado en el terreno del amor. Dirá que cada época ha tenido una gran teoría de los sentimientos, entre ellos el del amor; para la Edad Media predominó la de Santo Tomás y de los árabes. *OC*, V, 553.

5. «El poder social» (*El Sol*, 30-X-1927), *OC*, III, 496.

6. «Ensimismamiento y alteración», 1939, luego convertido en libro. *OC*, V, 313. La misma cita aparece en el libro *El hombre y la gente*, *OC*, VII, 97.

2c. Es bien conocida la intención de Ortega de escribir con la máxima claridad, mas no siempre sus lectores lo entendieron como él esperaba. Es lo que ocurrió, por ejemplo, con algunas ideas transmitidas en su *España Invertebrada* y en *El tema de nuestro tiempo*. Por ello, en un artículo escrito en Argentina⁷ reconoce que a su pesar se han producido algunas malas inteligencias. Es un artículo complejo, en el que se habla de la idea y de la realidad. Ortega compara las ideas, su modo de ser, con el tipo de existencia que disfrutaban las cosas reflejadas en los espejos: dentro del espejo las cosas no tienen una existencia real, pues no están dentro de él; tienen sólo una existencia virtual; «están sin estar»: las ideas son las cosas sin serlas «en realidad». Las ideas sí son verdaderas o falsas —dice Ortega—, pero no nuestros pensamientos, que, en todo caso, serán acertados o erróneos, según que piensen una idea verdadera o una idea falsa. Añadirá que «el parecido» es un atributo del retrato y significa la conformidad simplemente de aquél con el modelo, no la conformidad del pintor o del pincel o del lienzo con éste; por ello, la verdad es el parecido de la idea con la cosa, ideada en ella, no la conformidad del sujeto o de su acto psíquico con ésta. De aquí, concluye Ortega, que el pragmatismo sea un error, un absurdo, un contrasentido. La verdad no es un proceso de adaptación práctica del sujeto por la sencilla razón de que directamente no tiene nada que ver con el sujeto. Y en la idea de lo absurdo cita a Mahoma en un ejemplo como podía haber citado cualquier otra cosa: «es como si dijéramos que Buenos Aires es la raíz cuadrada de Mahoma».

2d. En un artículo titulado «La conservación de la cultura»⁸ Ortega critica la actitud conservadora de algunos españoles. Tras decir que España es «una antigua raza berberisca», donde hubo algunas mujeres hermosas, hombres bravos y algunos pintores de retina genial, censurará que no hayan pasado por su alma ni un Platón ni un Newton o un Kant, y que desde hace más de tres siglos comete el gran pecado de la incultura: «el horror a las ideas y a las teorías». Le importa no el ideal que tiene hoy España, sino el que debe tener. Es la época en la que Ortega se aproxima a un nuevo liberalismo, alejado del decimonónico, y por ello recuerda aquella idea del Corán, según la cual sólo se salvarán los buenos judíos y cristianos anteriores a Mahoma, pero tras la llegada de éste sólo se salvarán los que se confiesen mahometanos.

2e. Otro pasaje con cita de Mahoma será a propósito del sepulcro suspendido de éste en la Meca. Será en el artículo «Maura o la política»⁹, cuando critique la política de

7. «Para dos revistas argentinas» (*La Nación*, 27-IV-1924, Buenos Aires; se refiere a *Valoraciones* y a *Inicial*), recogido en *Meditación del pueblo joven* (1958); OC, VIII, 376.

8. En *Faro*, 3, 8-III-1908. OC., X, 44.

9. En *El Sol*, 19-XII-1925. OC, XI, 74-6.

Antonio Maura y defienda una actuación fomentadora de la vida pública. La cita de Mahoma viene al caso por el hecho de que en la vida hay que actuar con rigor, objetividad y sin magias. Es el caso de que un físico considera toda realidad, móvil o quieta, resultado de fuerzas determinadas; en cambio, el hecho de que en la Meca el sepulcro de Mahoma esté suspendido en el aire responde a unas causas físicas, y no, como dicen los mágicos, al hecho de que el sepulcro no esté sostenido por nada. Y resulta que la política de Maura, según añade Ortega, respondía a este tipo de magia, pues durante su mandato el Parlamento era un fantasma, un ente mágico, porque no se apoyaba en fuerzas nacionales suficientes, sino que unos cuantos grupos profesionales lo mantenían en vilo, ocultos, mediante un truco de prestidigitador como el de la Meca. La misma idea la repetirá en «La redención de las provincias», cuando afirme que una nación no está en pie por obra mágica, «como está en el aire el sepulcro de Mahoma», sino que está sostenida por fuerzas sociales de carácter político¹⁰.

3. Ortega hizo frecuentes alusiones en los primeros años del siglo XX a la importancia que tenía para la vida española y europea la política del norte de África, en particular, las relaciones con Marruecos. A este país y a algunos de sus personajes históricos dedicó varios artículos.

3a. En «Libros de andar y ver»¹¹ Ortega se centra en las relaciones generales de España con la gente y el territorio marroquí. Siguiendo las ideas de Costa y de Julián Ribera se alinearán en el bando de quienes consideraban absurda la guerra con Marruecos, hasta el punto de que entendía que de Marruecos se debía hablar en todos los ministerios, excepto en los de Guerra y Marina. Tras repasar algunas circunstancias de la política policial internacional en territorio marroquí, aprobada en el Acta de Algeciras (toma la referencia del austríaco Artbauer, con el que no simpatiza), cuenta cómo los moros de tipo medio no entendían qué significaba esa policía en su territorio, mientras que el moro culto se preguntaba si el imperio económicamente destruido del imbécil Abd-el-Aziz¹² podría gastar tanto dinero en instructores extranjeros de su policía, a menos que fuera un pretexto para que Francia preparase un futuro ejército marroquí.

3b. En el ensayo antes aludido comenta también Ortega con cierta ironía que un geógrafo acababa de publicar un artículo¹³ en el que señalaba que pronto se deja-

10. En *El Sol*, 24-II-1928. OC, XI, 252: «La redención de las provincias: IX.2: la unidad política local es la gran comarca».

11. En *El Imparcial*, 14-VI-1911; OC, I, 170-5.

12. (Marrakech, 1878 - Tánger, 1943).

13. El artículo se titulaba «El fin de los descubrimientos», mas no menciona Ortega ni el autor ni el periódico en el que se publicó. OC, I, 170-175: «Libros de andar y ver: I:

ría de descubrir nuevos lugares terrestres porque ya la ciencia los había descubierto prácticamente todos. Y se burla cuando dice que añorará tantas tierras utópicas y míticas como la isla de los Feacios, de Jauja, Eldorado, la Atlántida de Platón o la árabe ínsula de Huac-Huac. Ortega explicará que estas tierras utópicas y míticas se presentan al hombre como lugares idealizados donde la vida se desenvuelve más suavemente, con el fin de que sintieran con más rigor las dolencias de la vida real. En otras palabras, esas utopías clásicas han sido un reactivo a la actividad remisa. Pues bien, Ortega pondrá algunos ejemplos para demostrar cuán lejos se estaba de que fuera cierta la afirmación de aquel geógrafo. Entre ellos cita el Rif, que siendo una tierra próxima a España, sólo había sido objeto de atención para los árabes, el marqués de Segonzac y para Augusto Moulieras. Frente al derecho histórico que España reclamaba sobre el Rif, Ortega expondrá la obligación histórica de ejercer una misión cultural. Son numerosas las alusiones a esta tierra norteafricana y a algunos de sus personajes históricos, entre los cuales destaca Bu-Hamara, célebre por sus trastadas.

3c. También alude a los problemas políticos de Marruecos en «Vieja y nueva política»¹⁴, en el que vuelve a criticar a Maura, la política bélica con Marruecos y el hecho de que la población española y marroquí ignorasen las razones que provocaban el conflicto. Si la guerra de Marruecos no se entendía bien, tampoco se entendía por qué en un momento dado se firmaba la paz. Ortega entiende que, incluso cuando se abandone completamente la soberanía sobre cualquier trozo de tierra norteafricana, el problema de Marruecos estará ahí, porque son nuestros vecinos, no sólo de España, sino también de toda Europa.

4. Entre otros personajes del mundo árabe que fueron objeto de atención por Ortega podemos recordar a Harum-al-Rachid, Abenjaldún, Ibn Batuta, Boabdil, Avicena y Averroes.

4a. El célebre califa abasí, nacido en Rayy (Persia, 766) y fallecido en Tus (Urasan, 809), que combatiera contra los bizantinos en varias ocasiones y mantuviera buenas relaciones con Carlomagno, transformado en uno de los personajes de *Las Mil y una noches*, será citado por Ortega para compararlo con aquellas situaciones en las que un gobernante ha de acudir a los lugares frecuentados por el pueblo (tabernas, cafés, mercados...) para enterarse de qué es lo que piensa y siente la gente realmente, y ha de hacerlo prescindiendo de protocolos y enmascarando su

Utopías geográficas. La ignorancia del Rif...», publicado por primera vez en *El Imparcial*, 31-V-1911.

14. Conferencia pronunciada en el Teatro de la Comedia, el 23-III-1914. *OC*, I: «Para la cuestión marroquí pedimos un poco de seriedad», 295-8.

auténtica personalidad. Será con ocasión de dos artículos¹⁵ acerca del progreso de las ciencias, en los que una vez más Ortega recordará a Joaquín Costa y el anhelo de europeizar España. Europa vendría a ser como la superación de Asia y África juntas a las que se habría sumado el haber de la ciencia. Dirá Ortega que no bastan los periódicos y las conversaciones públicas, la literatura diaria o la política de café, sino que, para que el hombre avance en la historia, hace falta la ciencia, que es, en definitiva, la única garantía de supervivencia moral y material en Europa. Es en este contexto, en el que Ortega reconoce que los temas de cultura se hacen populares a través de esa literatura cotidiana y de la política de café, y que, para conocerlas, habría que hacer como Harum-al-Rachid, quien «se disfrazaba de menestral y vagaba por las tabernas, cuando quería asomarse al corazón de sus súbditos».

4b. Melilla es citada en varios ensayos. La pequeña plaza norteafricana, conquistada en el siglo XV, permanece encerrada dentro de sus murallas, separada del campo próximo y sin contaminar en absoluto a la población vecina. Sobre la base de los estudios de E.F. Gautier, *Les siècles obscurs du Magreb* (1927) y de M. de Slane, *Les prolégomènes d'Ibn Khaldun* (1858), Ortega da una personal interpretación de la historia de África¹⁶. Elogia el afán comprensivo del historiador del siglo XIV, al que califica como filósofo de la historia africana, y es que para este historiador el rasgo característico del África nórdica es la coexistencia de dos modos de vida, el nómada y el sedentario; de aquél dependerá el gobierno; de éste, la civilización de la ciudad. Mientras el nomadismo áspero —resumirá Ortega— es la fuente perenne de vida histórica, porque es la vida reducida a lo necesario (desierto, nomadismo), la civilización de la ciudad (sedentarismo) es la muerte histórica: «la ciudad es la euthanasia». Los elogios a este árabe son continuos y no envidian nada a los dados a cualquier griego clásico. Ortega cita adagios árabes (A.M. Hassanneim Bey, *Lost Oase*, 1923), la *Histoire ancienne de l'Afrique du Nord*, de Stephane Gsell, y añade que son tantas las herencias hispanas de ese mundo norteafricano que no sólo se conservan en cientos de vocablos, sino hasta en la distribución de la casa de un labriego castellano, que —según Ortega— remonta a la vieja cultura berberisca de la casa, *kabylia*¹⁷. Recordará cómo siguiendo las leyes históricas de

15. En *El Imparcial*, 27-VII y 10-VIII-1908: «Asamblea para el progreso de las ciencias. I y II»: *OC*, I, 99-108; en particular, p. 106.

16. «Abenaldún nos revela el secreto. (Pensamientos sobre África Menor)». 1927-8, *El Espectador VIII*, (1934). *OC*, II, 670-685.

17. En otro lugar, con ocasión del comentario a las ideas de Oliveira Martins, subraya el hecho de que el núcleo de nuestra organización municipal remontaría hasta una forma social básica como organización política alrededor de un jefe y que sería la cabila. En «El cabilismo, teoría conservadora» (1908). *OC*, X, 59.

Abenjaldún, se han producido varios fenómenos de puritanismo, como el wehabismo, de exageración fanática de lo religioso, como lo es, —precisa Ortega— el mismo mahometismo. Sigue una disertación sobre la religión islámica, la cual había destacado del fondo doctrinal judeo-cristiano lo exagerado y agresivo, y por eso era la única religión cuyo credo se formula negativamente: «No hay más Dios que Dios». Es una religión, la única, cuyo credo comienza con un no; es una fe polémica, guerrera, y consiste en creer que los demás no tienen derecho a creer lo que nosotros no creemos. Más que monoteísmo, la definición exacta del mahometismo sería «no-politeísmo». Otras apreciaciones sobre la cultura árabe enriquecen ampliamente este ensayo¹⁸.

4c. En dos ocasiones nombra al geógrafo árabe del siglo XIV Ibn Batuta. Una, en 1909, en conferencia pronunciada en el Ateneo madrileño titulada «Los problemas nacionales y la juventud», en la que comentaba que Europa era, ante todo, ciencia¹⁹, que es imprescindible el respeto y la seriedad en la cultura, y que hay que recorrer el mundo para aprender, como hizo Ibn Batuta: «Tomando el bastón de hacer camino echémonos por el mundo y peregrinemos, como Ibn Batuta, en busca de los santos de la tierra»²⁰. La segunda cita data de 1940 en conferencia titulada «Juan Vives y su mundo»²¹, en la que, entre otras ideas, defiende que en la cultura los vientos soplan desde los lugares menos cultos hacia los más cultos, porque la gente de menor cultura procura salir del país para buscar las sabidurías allá donde están. Y dice: «me acuerdo de mi casi antepasado —a fuer de español—, árabe Ibn Batuta, que tomó su bastón de caminante y echó a andar por el mundo —según dice— para buscar los sabios de la tierra».

4d. Bajo el título «Balada de Boabdil la Chica», publicó un artículo²² sobre un político granadino llamado La Chica, cuya actuación resultaba anacrónica y abusiva. Será momento para referirse a los árabes granadinos, a los nazaritas y al débil Boabdil, llamado «El Chico», a quien los Reyes Católicos arrebataron el

18. También habla de Abenjaldún en *La idea de principio en Leibniz y la evolución de la teoría deductiva*, (1957), en nota a pie de página, cuando lo llama elogiosamente «gran gerifalte historiador que denunciara en su época que los libros griegos yacían muertos desde hacía varios siglos y que fueron los árabes de Siria los que los reanimaron». (OC, VIII, 219).

19. Idea similar a la que hemos ya apuntado en nuestro apartado 4a.

20. La conferencia tuvo lugar el 15-X-1909; se publicó por primera vez en 1965, en *Cuadernos Americanos*, Méjico, noviembre-diciembre, 1965, nº 6, vol. CXLIII. OC, X, 118.

21. Impartida en el Aula Magna del Colegio Nacional de Buenos Aires el 12-XI-1940. Recogida en su libro *Vives - Goethe*, (1962). OC, IX, 521.

22. En *El Sol*, 13-II-1919. OC, X, 499.

reino de Granada. Recordará Ortega, comparando los sucesos de ese año 1919 con los acontecimientos de fines del siglo XV, aquellos versos que cantaban «trescientos *zenetes* eran deste rebato la causa...», por cuanto que el político La Chica, apoyado en «trescientos matones», subyugaba a la ciudad de ochenta mil habitantes.

4e. Al médico, jurista y filósofo cordobés, Averroes, lo citará Ortega varias veces, en particular, cuando hable del pensamiento medieval y de los precursores de Santo Tomás. Una es cuando elogia el saber de Alemania y el mandar de Inglaterra, cualidades que compara con aquel dicho atribuido al filósofo hispano-árabe, quien decía que un buen libro sólo se podía comprar en Córdoba, su ciudad natal, mientras que un buen laúd sólo podía adquirirse en Sevilla²³. Otra se encuentra en la antes citada alusión a Boabdil El Chico²⁴, cuando Ortega afirma que todavía en el siglo XX la ciencia hispánica se parece mucho a la del tiempo de Averroes. Una tercera hace referencia al Escolasticismo, por cuanto que dirá que Santo Tomás aprendió su Aristóteles a través de Avicena y Averroes²⁵. También en compañía de Avicena, aparece Averroes citado por Ortega cuando comenta el descubrimiento de Aristóteles de que el problema radical de lo real es, precisamente, su realidad, expresado en términos modernos²⁶, o Ente y entidad en términos medievales. Una cita más había aparecido cuando en su célebre libro *En torno a Galileo*²⁷ comente Ortega que Avicena y Averroes fueron en parte los responsables de que Alberto Magno y Santo Tomás aplastaran el desarrollo de una filosofía cristiana e impusieran la deformación del aristotelismo, deformación que E. Gilson llamó precisamente filosofía cristiana.

5. En aparente contradicción con lo dicho en 1952 por el propio Ortega en su citado Prólogo a *El collar de la paloma*, en 1921, en su libro *España Invertebrada*, afirmará que los árabes no constituían un ingrediente esencial para el español. Será cuando hable de los problemas históricos de aquella España de comienzos de este siglo; el filósofo madrileño puntualizará que la Europa centro-occidental se constituye sobre cuatro naciones (Francia, Inglaterra, Italia y España), que tienen en común una «raza relativamente autóctona», un «sedimento civilizatorio romano» y la «inmigración germánica». Mientras que los factores racial y romano no son decisi-

23. En «Una manera de pensar» (*España*, 16-XII-1915). *OC*, X, 343.

24. *OC*, X, 499.

25. En el citado Prólogo a *El collar de la paloma*, *OC*, VII, 48. La misma idea se recoge en *La idea de principio en Leibniz...*, cuando Ortega dice que Avicena y Averroes son los primeros escolásticos; *OC*, VIII, 219.

26. En *La idea de principio en Leibniz...*, VIII, 232, nota 2.

27. 1933, *OC*, V, 91.

vos, si lo es el grado de inmigración germánica. En este punto añade Ortega que «en la génesis de nuestra nacionalidad los árabes no constituyeron un ingrediente esencial, ni su dominio explica la debilidad del feudalismo peninsular»²⁸.

6. La civilización árabe y su importancia histórica es objeto de su interés cuando hable de las Cruzadas. Son varias las ocasiones en las que esta referencia es mencionada en su obra. Dirá Ortega que las Cruzadas fueron efectivamente un fracaso para los hombres y pueblos que las emprendieron, pero, en cambio, supusieron para los hombres futuros el contacto con la civilización árabe, que había digerido la griega, y ello significó para Occidente el rebrote de Aristóteles y la técnica de los helenos²⁹. En «Guerra con cuartel» volverá a repetir esta idea acerca de la importancia que tuvieron las Cruzadas para Occidente por cuanto que importaron la sabiduría helénica y posibilitaron el Renacimiento. Pero añadirá que no fueron creadas para hacer la guerra santa, sino para asegurar las marcas del mundo europeo, del mismo modo que las Órdenes Militares en España vivían en avanzada sobre árabes y berberiscos para, además de expandir el credo religioso cristiano, reconquistar la tierra nativa, que era un motivo principal. Los cristianos de entonces no sólo ignoraban la religión islámica, sino que les parecía despreciable y, tal vez, por ello la odiaban³⁰. En varios ensayos Ortega aludió a Asín Palacios y su obra; baste recordar aquel pasaje en el que lo menciona para destacar la idea de que no es posible hacer la historia de la Edad Media si no se cuenta con la perspectiva del mundo árabe: «mientras no se centre la perspectiva de la historia medieval, contemplando ésta desde el mundo árabe, no entrará en caja, y nuestro Asín Palacios dio pruebas de su seriedad, pulcritud y sereno ateniemento a los hechos, al hacer esto, sin darse últimamente cuenta de su porqué»³¹.

7. Respecto a la religión islámica, a la que ya hemos aludido a propósito de Mahoma, Ortega hace numerosas alusiones a lo largo de su obra, hasta el punto de

28. En el apartado de la segunda parte titulado «La ausencia de los mejores». *OC*, III, 111.

29. *En torno a Galileo*, (1933), *OC*, V, 90-1.

30. *El Imparcial*, 17-VIII-1909. *OC*, X, 103.

31. En *La idea de principio en Leibniz...*, *OC*, VIII, 220. Otra alusión a la lengua árabe aparece en II, 532, en su ensayo de 1925 titulado «Una interpretación bélica de la historia» (= *El Espectador*, VI, 1927), cuando al recordar las palabras de Aristóteles (*Política*, 1279b4) «siempre mandan los que tienen las armas», concluya su reflexión diciendo que «Este amor al instrumento de destrucción que proporciona la delicia de mandar, resuena en frenéticos himnos a lo largo de la historia, y no nos sorprende que en su buen tiempo tuviesen los árabes quinientos nombres para la espada». De nuevo alude a los árabes en el libro citado en esta nota cuando hablando de las características de los viajes dice: «Por eso los árabes llaman a sus libros de viajes *libros de andar y ver*»: *OC*, VIII, 177.

que como hemos apuntado ya en otro lugar, la obra de Ortega significa, además de otras muchas facetas, un recorrido histórico por los sentimientos, hábitos y credos religiosos del hombre, dentro del cual se encuentra cuanto hace referencia a la religión islámica. Baste en esta ocasión recordar aquel pasaje en el que Ortega menciona el «pecado» que A. Toynbee considera en el hecho de que los individuos se puedan considerar «nacionales», y para justificarlo había acudido nada menos que al Corán. Con el nombre de *schire* se designa toda asociación de otro ser a la persona única de Dios, lo que equivaldría a aceptar en la religión islámica una idea politeísta, una secesión o sectarismo; religión islámica donde no se admite más que al Dios único de la única posible religión universal³².

Hasta aquí un rápido recorrido por la obra de José Ortega y Gasset, en el que hemos sintetizado algunas ideas que sobre el mundo y cultura árabes, su lengua, religión, personajes, tierras, relaciones con España y Europa, etc. comentó. La formación intelectual de este ensayista y filósofo le permitió ofrecer en muchos de estos casos una personal interpretación que puede servir de referencia a los estudiosos del mundo árabe, muchos de los cuales seguramente ignoran estas referencias. La conclusión es que no sólo se interesó por el mundo árabe al final de sus días, cuando escribió el Prólogo al libro de Ibn Hazm traducido por su amigo Emilio García Gómez, sino que desde las perspectivas de la filosofía, de la religión, de la literatura, de la historia y del arte, ese mundo y esa cultura tuvieron frecuente eco en sus escritos. Y el interés de ello lo veía Ortega en su repercusión en la historia de España y de Europa, y, además, era consciente de que España y Europa tenían la obligación histórica de transmitir su progreso al norte de África: cultura y ciencia, no conflictos bélicos. Muchos usos y costumbres remontan a tradiciones antiquísimas cuyo origen seguramente asciende a pueblos venidos a Europa desde el continente africano, y de ellos Ortega ofrece algunos ejemplos. Su interés por el pensamiento árabe, por sus figuras destacadas en la historiografía y geografía, sus lecturas de libros relacionados con ese mundo, su preocupación por los acontecimientos vividos en el Magreb, le habían hecho centrar su mirada en esta parcela de nuestras relaciones políticas y culturales con nuestros vecinos del sur, y supo, con su habitual magisterio, apuntar ideas, comentar e interpretar. Sin duda, se trata de apuntes, comentarios e interpretaciones que pueden servir de referencia a quienes se interesan hoy en conocer el mundo árabe actual o su importancia y evolución históricas.

32. *Una interpretación de la Historia Universal* (1948-9). OC, IX, 49.